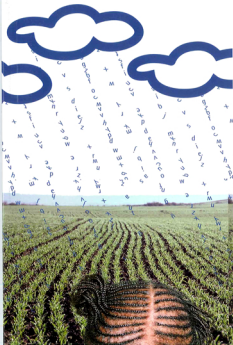


# premios de relatos cortos Los Monegros 2005



**VII** Certamen  
de Relato  
Corto (2005)

**1.<sup>er</sup>** Premio

**Las almas de los tontos**

**Francisco Javier Pérez Fernández**

Con exquisita afabilidad, como un pastor despidiendo a los fieles a la puerta de su templo, Sir Benjamin Malory estrecha uno a uno la mano de los miembros de la Scottish Society for Researching of Unexplained<sup>1</sup>, una de las más reputadas del Edimburgo elegante por la calidad de sus miembros. A pesar de las protestas casi unánimes de los demás socios, acaba de presentar su dimisión como presidente y su baja como miembro, absolutamente resuelto a no ofrecer ninguna explicación sobre lo ocurrido.

Solo una hora antes Sir Benjamin maldecía el infausto momento en que se le había ocurrido invitar a aquel condenado Dr. Shore, geólogo y psiquiatra, a la sociedad paracientífica que pocas semanas atrás le brindara el honor de la presidencia. A priori, la elección del invitado no parecía ninguna insensatez, ni tampoco había sido una decisión poco meditada: los muchos y celebrados experimentos del doctor en el campo de la detección de presencias paranormales parecieron un inmejorable aval para elegirlo como primer conferenciante dentro del ciclo programado. De hecho, todos los miembros de la Sociedad que vivían a menos de cien millas acudieron puntualmente para ocupar su sitio en el salón. A la hora de inicio de la conferencia solo quedaba media docena de sillas vacías, tantas como cartas de disculpa dirigidas a Sir Benjamin felicitándole por su criterio y aclarando que la inasistencia se debía a otras razones, y nunca a desinterés por el acto programado.

Cuando el doctor Shore se presentó en la sala fue recibido con una cerrada ovación que dio paso enseguida a un silencio casi ritual, como si el eminente especialista en fenómenos paranormales se dispusiera a conjurar un espectro sobre la tarima en vez de a exponer sus conocimientos sobre los procedimientos técnicos.

---

1. Sociedad Escocesa para la Investigación de los Fenómenos Extraños

Los primeros treinta minutos, destinados a explicar la metodología de sus experimentos, resultaron verdaderamente sustanciales, brillantes hasta el punto de obligar a los asistentes –poco inclinados normalmente a reconocerse legos en tales materias– a tomar notas sobre la marcha del torrente de novedades que desde el estrado se exponía.

Concluida la detallada descripción de los procedimientos, el doctor Shore pasó acto seguido a enumerar los hallazgos a que estos habían dado lugar, deteniéndose muy especialmente en las magníficas fotografías de ectoplasmas que se habían ido acumulando en su laboratorio. Tres de ellas fueron pasando ansiosamente de mano en mano por el salón, entre murmullos admirativos que rompieron por vez primera el silencio casi sacro mantenido hasta ese momento.

Si la conferencia hubiera concluido en ese punto, Sir Benjamin Malory hubiera podido seguir dedicando su tiempo a la gratificante desocupación de presidir la Sociedad, y con todos los parabienes además, pero el Dr. Shore pasó a continuación a describir, aún más minuciosamente si cabe, las técnicas con que los médiums profesionales falsificaban tales pruebas. No menos de una docena de ellos estaban presentes, pero ninguno quiso ser el primero en darse por aludido mientras desfilaba ante el público una veintena de fraudes, trucos de magia, prestidigitación, manipulación de placas fotográficas y cuantas añagazas pasaron alguna vez por mente humana: los fuegos fatuos fueron acumulaciones de fósforo, la maldición de Tutankamon envenenamiento por esporas de un hongo venenoso, y hasta la resurrección de Jesucristo se convirtió en pocos instantes en un simple acto de profanación de sepulcros. El irrefrenable doctor había conseguido en solo quince minutos poner en su contra a los médiums, los investigadores de la magia egipcia y hasta a los cristianos en general, pero el malestar se tornó ya en estupor cuando, tras recoger las fotografías que con tanto agrado acababa de contemplar su auditorio, pasó a describir los métodos que él mismo había

empleado para conseguir aquellas falsificaciones. Y lo dijo así, textualmente.

El altercado que contemplaron los adustos salones de la Royal Society diez años antes con motivo de la poca diplomática teoría de William Walham fue una tibia protesta comparado con el que allí se formó. Acaso los caballeros de la Royal conservaran cierta compostura en aquellos momentos por débito a su linaje y posición, también porque vivían casi todos de otra cosa (rentas, principalmente), pero el abigarrado catálogo de quiromantes, médiums, egiptólogos, hipnotistas, astrólogos, espiritistas, hechiceros, adivinos, telépatas, exorcistas y levitantes, se tomó mucho peor que fuera tan directa e impúdicamente vituperado su medio de subsistencia. No se pararon tales personajes en apelativos cultos: fue mencionada allí la madre del doctor, la compleja identificación de su padre, sus gustos sexuales, el consentido adulterio de su esposa y su extraordinario parecido con no pocas especies animales de poco recomendable aspecto y cualidades.

El presidente, Mr. Malory, más por sentirse en su deber que por desacuerdo con lo escuchado de labios de sus administrados, trató de poner orden, pero solo lo consiguió cuando los insultos comenzaros a ser repetitivos. Al fin, tras arduos esfuerzos, logró imponer su voz sobre el griterío, y la severidad judicial de sus palabras decretó al fin una pizca de sensatez en aquel injurioso maremágnum.

—Abandonar la conducta que dos mil años de civilización nos han enseñado como la más apropiada entre personas razonables no va ayudar en absoluto a demostrar lo veraz de nuestras posturas. Guarden, por tanto, silencio, y escuchemos lo que el doctor tenga que decirnos.

—Gracias —empezó el doctor, que se había mantenido absolutamente indiferente al escándalo de la platea—. Quería decir hace un momento que mis investigaciones no han hallado más que fraudes porque no es posible otra cosa en el campo que nos ocupa. No sabemos qué hacer con los muertos y como nuestra

conciencia no nos permite abandonar a los seres queridos en el cementerio y dejar que allí se pudran tranquilamente, inventamos mil historias distintas con que resucitarlos a medias. Pero esto, que podría parecer una muestra de hipocresía, es en realidad una demostración de la íntima bondad del ser humano, porque los resucitamos con poderes extraordinarios, con conocimiento e inteligencia superlativas. De este modo llegamos a la extraña conclusión de que la muerte aporta al hombre más de lo que le quita, pues hasta el fantasma del más imbécil puede responder a las difíciles inquisiciones de un espiritista avezado. Pero señoras y señores, es mi deber científico intentar ser un poco más riguroso; no quiero atacar la fe de nadie, pero me gustaría ayudarles a sostener esa misma fe con un mínimo de seriedad, con un razonamiento que tiene que ser aceptado cualesquiera que sean las creencias de quienes me escuchan: los muertos pueden ir al cielo o al infierno, según los creyentes, o a ninguna parte, según los ateos, pero de ninguna manera es admisible pensar que se quedan por aquí, flotando en el vacío, a la espera de juicio, como si la celestial administración de justicia padeciera los mismos retrasos y dilaciones que la nuestra. Reconozco, cierto es, que a lo largo de la historia son tantos los casos en que se informa de su presencia que solo ese motivo es suficiente para dar crédito a su existencia, pero si por un momento se deciden a razonar, convendrán conmigo en que tan perenne es su presencia en la historia como las causas que a mi parecer originan la alucinación que les da vida: el miedo a la muerte y el bochornoso deseo de justificar lo injustificable.

Nuevos murmullos, atajados sin piedad por la presidencia. El doctor Shore prosiguió su disertación:

—Cuando se es una persona importante, un rey digamos, resulta doloroso reconocer que el día en que nos abrace la tierra se acabará nuestra influencia, nuestro poder y nuestro dominio sobre las decisiones ajenas. Los que en tal coyuntura no se conforman con escribir testamentos, que es la forma en que habitualmente tratan los muertos de seguir imponiéndose a los vivos, suelen ser

los más propensos a ver las almas de quienes les antecieron, o a creer a quienes dicen haberlas visto; y si el rey lo cree, lo mejor que pueden hacer los súbditos es hacer o fingir otro tanto. Nace así un mito que de puro conocido llega a ser indiscutible: la literatura no hace más que darme la razón, y ustedes que lo niegan, mejor harían en leer a Shakespeare en vez de esos burdos folletos que tan ajados descansan ahora en la biblioteca de esta sociedad.

Regreso de los gritos, sofocados sin necesidad de intervención alguna al margen de quienes querían seguir escuchando, así fuera por curiosidad, el resto del razonamiento.

—Si, por contra, una persona ni ha sido rey, siquiera en su casa, ni ha hecho nada en la vida, ni encuentra posibilidad alguna de hacerlo, parece lógico que el deseo de prolongar la existencia, y no en mundo superior alguno, sino al lado de parientes, conocidos y enemigos, le impulse a creer que es posible vagar por las casas, los campanarios o los cruces de caminos. De ese modo no es extraño que esas gentes, que de pura abundancia son legión, suelen creer lo que otras más imaginativas les cuenten acerca de lo visto u oído en tal o cual abandonado paraje. Porque convendrán conmigo en que los fantasmas jamás son vistos por muchedumbres.

Dos docenas de discursos brotaron entre el público, tratando de contradecir al orador, pero Sir Benjamin quería acabar con aquello cuanto antes y con un gesto ordenó silencio. Con menos parsimonia de la habitual, secó el sudor que coronaba su frente e indicó al doctor que podía continuar.

—Pero hay otras muchas causas que producen las apariciones que hoy nos interesan. Uno de los más interesantes partos de un fantasma es el del que sabe algo que no debe saber o quiere decir algo que no debe decir, y se libera de las crueles ataduras del sigilo o la prudencia atribuyendo sus palabras al oráculo de un muerto. ¡Bravo por su osadía!, pero si bien está creerlo en pú-



blico para evitar otras investigaciones, siempre enfadosas, no tiene nombre todavía la superlativa estupidez que constituye seguir creyéndolo en privado. Sería algo parecido a seguir defendiendo la existencia de Papá Noel o los Reyes Magos después de que los niños se hayan acostado.

Los gritos que siguieron a esta aseveración tardaron en ser silenciados algo más que los anteriores.

—Por último, porque observo que poco tiempo más podré dirigirme a ustedes, está el aburrimiento. La gente se aburre, se aburre terriblemente, y en tales sofocos de fastidio está dispuesta a buscar lo que sea, cualquier superchería capaz de convencerles de que la vida que llevan es algo distinto de la porquería que en realidad es. Los fantasmas cumplen la doble misión de prometerles una prolongación más allá de la fosa y entretenerles mientras viven, ¿qué más se puede pedir?

Y para que no digan que no dejo una puerta abierta a la posibilidad, porque posible lo es todo, quiero terminar diciendo que si alguien tuviera una existencia posterior a la muerte sería alguien con una gran obra inconclusa, y los hombres con grandes obras son gente de talento o de coraje, gente muy ocupada que ni se dejaría convocar por médiums ni fotografiar por espantajos como ustedes, de lo que resulta que el famoso Más Allá del que esta Sociedad se ocupa está habitado por las almas de los tontos muertos que se dedican a dejarse interrogar y retratar por los tontos vivos. Muchas gracias.

Como nadie recordaba otros distintos, los insultos del principio se repitieron de nuevo, aunque diez veces magnificados en volumen.

Viendo que allí no tenía nada más que hacer ni que decir, el doctor Shore se puso tranquilamente su abrigo, dio la mano a su anfitrión, se calzó los guantes y saludó al público con una profunda reverencia.

Y atravesando la pared, se fue.

**2.<sup>o</sup>** Premio

**Longo**

**Atilio Alberto Verón**

Nunca sabré cómo se debería haber contado esto. Ni siquiera estoy seguro de que deba contarlo. Con los años uno va acumulando sensaciones, olores, imágenes de objetos y rostros y los echa a dormir en un rincón de la memoria, como se amontonan diarios viejos en un cuarto. Hasta que un día...

Ahora es ese día, y el relato, que amenaza desbordarme con sus urgencias, deja el resabio ácido de una confesión indecorosa o de un vómito. Pero, asumida ya la decisión, es preciso que empiece de una vez y deje fluir libremente los recuerdos sin preocuparme más que por ser su fiel transmisor. Por otra parte, como se trata de un relato adolescente, casi infantil, no desentornaría comenzar al estilo de Juan Ramón Jiménez.

Era muy pequeño, blanquecino y callado...

Nunca llegué a verlo sin el guardapolvo blanco con excepción de esa tarde, años después, cuando el Destino quiso que nos encontráramos en un entorno tramposamente familiar: la universidad.

Longo (aunque parezca prefabricado irónicamente era su verdadero apellido; el nombre nunca me preocupé por averiguarlo) medía apenas un metro veinte y cuando hablaba (tampoco recuerdo haberlo visto reír) dejaba entrever unos dientecitos de tiburón, diminutos y roídos por la ausencia de calcio, como oxidados. Sus cabellos oscuros y delgados, que solía peinar estirados, con raya al costado, acentuaban los rasgos lívidos de su rostro. Aparentaba ser un niño de siete u ocho años y sus dedos, pequeños y arrugados, parecían los de un bebé. Pero tenía catorce y un cierto halo de extraterrestre. Las malas lenguas rumoreaban que era hijo único de un matrimonio de primos hermanos, en edad de ser abuelos antes que padres.

Recuerdo claramente el primer día de clase, cuando apareció en el aula, enmarcado en el vano de la puerta, cargando pesadamente un portafolios, desproporcionado en exceso, y su desconcierto. Al principio lo observamos con cierta ternura confundiéndonlo con un alumno de primaria que se había equivocado de aula. Pero apenas se presentó al celador y se acomodó en el único pupitre libre presentí que su destino en esa escuela estaría fatalmente signado por la crueldad y que nuestro encanto adolescente lo convertiría en el blanco predilecto para las bromas más pesadas y despreciables.

Hace unos meses una cena de ex alumnos fue la excusa para que nos reuniéramos un puñado de sobrevivientes de aquel secundario lejano y romántico hasta la cursilería, a pesar de nuestra inconsciencia, o tal vez por ella misma. La sobremesa nos fue arrimando a la nostalgia. Con la misma ansiedad con que el duende largamente encerrado en la lámpara aguarda la caricia mágica que lo libere, los inevitables recuerdos de nuestra adolescencia pugnan por corporizarse. A medida que las mesas vecinas comenzaron a despejarse el restaurante se fue sumiendo en un silencio hueco, casi atemporal, donde solo resonaban nuestras voces, cuidadosamente amortiguadas, como temerosas de que oídos extraños ultrajaran remembranzas, íntima y largamente atesoradas.

Nuestras fisonomías cincuentonas seguían albergando el corazón y la candidez del muchacho que alguna vez fuimos, a pesar de las calvas y las barrigas de diverso calibre y las artrosis y los achaques inevitables de la edad que cada uno, a su manera, trataba de disimular.

Los viejos fantasmas se escurrieron a través de los muros centenarios del Colegio Nacional para sobrevolar la mesa del restaurante de Barracas invitándonos a la evocación de lejanas andanzas. El ambiente enrarecido estimulaba al abrazo, a cuchicheos con el compañero sentado a nuestro lado, a confesiones

sin sorpresa y pudorosas súplicas de perdón por antiguas afrentas casi olvidadas. Inmersos en esa laxitud nostálgica no percibimos que habíamos iniciado un viaje a través del tiempo embelesados por la torpe utopía de rescatar emociones remotas, momentos ya idos. El eterno adolescente que dormía en un rincón de nuestros corazones se despertaba para acicatearnos, alentándonos al emprendimiento heroico. Nos dejamos seducir por el intento.

Las escasas imágenes que emergían del ensueño nos llegaban fragmentadas, ajadas, como figuritas viejas. Era como estar en un parque de diversiones y sacar boleto en la máquina del tiempo para un viaje hacia el pasado, subir al simulador y percibir sensaciones que poco a poco iban pareciéndose a aquellas que ansiábamos rememorar. Pero, a medida que nos acercábamos, cuando ya estábamos a punto de tocar las facciones de esos espectros que iban adquiriendo rasgos familiares, añorados, y el corazón endurecido a golpes, emparchado, rejuvenecía y se aprestaba a desprendérsenos del cuerpo para implantarse en el de ese otro que fuimos, allá lejos y hace tiempo, el simulador se detenía y todo se volvía espeso y cotidiano. Con desazón comprobábamos que nuestro utópico viaje había terminado y la fila para comprar otro boleto era interminable. Debíamos esperar un año entero. El próximo noviembre nos volvería a reunir. Un poco más viejos, quizá algo más sensibleros. Lloraríamos abrazados cantando la “Canción del Adiós”, recordaríamos a los mismos profesores, Juanjo repetiría las mismas bromas que el gordo Aristaráin seguiría creyendo, cándida, eternamente. Pero en vez de acercarnos al ansiado objetivo nos volveríamos a alejar. El intento, ridículo, inútil, nos obsesionaba. Como una ordalía que debíamos superar para sentirnos vivos, nos obstinábamos en demostrar el teorema que nos permitiría perseguir el resto de nuestros días la zanahoria quimérica con la sonrisa idiota del Golem babeándonos los labios, recitando la tesis: “es posible regresar al pasado.” Pero la lámina que nos separaba de él era tan delgada como impenetrable.

Esa noche no tuve que esforzarme para comprender el concepto de “límite” que en la paradoja de Aquiles y la tortuga o en los libros de Análisis Matemático se volvía infernalmente inexpugnable. Las definiciones complejas y tediosas de Rey Pastor en su tratado, el ocho apaisado símbolo de infinito y la flecha debajo expresando el concepto de “tender a”, todo, todo ello lo pude comprender y asimilar de un solo pantallazo. La meta estaba cada vez más cerca, pero cuando ya la sentía asequible, cuando percibía que estaba ahí, al alcance de mi mano, que no tenía más que estirar apenas los dedos para tocarla, el punto, el objetivo, se volvía a distanciar, coqueteando con nuestra ingenuidad, desafiándonos a un nuevo intento eterno e inútil, como el castigo de Sísifo.

Uno de los fantasmas sobrevoló la mesa: Longo. Alguien deslizó en voz baja y grave, componiendo un afligido gesto de circunstancia, que había fallecido unos años atrás. Un silencio frío nos sacudió. Enmudecidos nos miramos, buscando en los ojos del otro alguna respuesta. Pero el recogimiento duró apenas un breve instante y no fue obstáculo para que la película se rebobinara, salteando la desgracia, y se dispusiera frente a la lente lista para ser proyectada a partir del entorno de la escuela.

Juanjo, ¡cuándo no!, lanzó por centésima vez la afirmación en tono de pregunta:

—¿Recuerdan cuando el Negro (así me apodaban entonces) encerró al enano Longo en el armario de la sala de mapas?

En medio de las carcajadas, de las risas hechas llanto en ojos que parecían a punto de reventar, de borrachos retorciéndose abrazados unos a otros mirándome y señalándome como el autor de una proeza, negué rotundamente y por enésima vez el episodio. Aunque no recordaba que realmente hubiera sucedido sentí vergüenza de haber sido capaz de someter a alguien a tremenda humillación. Es probable, también, que la hondura del remordimiento proviniera de una anécdota, a la que le adjudiqué ribetes emocionalmente trágicos, que los demás desconocían. Ese

hecho, ocurrido un par de años después de abandonar el Nacional, tuvo el sabor amargo de una lección, una deuda que Longo, con justificado rencor, se cobraba, cargándole sin arrepentimiento intereses usurarios por el tiempo transcurrido. Aún recordaba con nitidez el rictus de su cara, el esbozo de su sonrisa ladina que no se preocupaba por esconder los dientecitos marrones y casi inexistentes, y todas y cada una de las secuencias de la escena de mi crucifixión en la facultad. Aunque hubiera podido echar mano a ese resentimiento para amortiguar la culpa por desquitarme con un muerto, no solo evité sumarme a la crueldad con que gozaban de la burla, que Juanjo disfrazaba con la inocencia de una anécdota jocosa y lejana, sino que en ese mismo instante comprendí y hasta justifiqué la actitud de Longo para conmigo.

Quizá no debía darle demasiada importancia. Tal vez fuera otra maniobra más de Juanjo que seguía entreteniéndose, como en la escuela, endilgándoles a los demás cosas que él perpetraba o incentivaba. Esa especulación me motivó a otra: comparé a cada uno de los que tenía a mi lado con la imagen que recordaba de ellos adolescentes.

La mayoría conservábamos, a pesar de los años, y de las distintas miserias o fortunas, rasgos que nos remitían a esa hermosa época. A veces era una sonrisa pícara, un movimiento cansino o la inflexión al hablar. Los roles que cada uno se afanaba en representar no habían variado sustancialmente: Juanjo simbolizaba lo mordaz; el Laucha, la erudición meditativa; en Nito memoraba a aquel comediante nato; en el Ruso, al planificador meticuloso.

Yo me descubrí a través de sus comentarios. Me costaba creer lo que contaban de mí. Quizá no fuera tan terrible pero había corrido tanta agua bajo el puente de mi vida que dudaba haber sido el autor de esos desatinos. A través de los relatos empecé a reconocermme en ciertos rasgos que me resultaban familiares. Es cierto, era un bromista espontáneo. Tal vez por eso no recuerde la mayoría de las fechorías que me endilgan.

Quien más se asemeja al que pudo ser es Juanjo. Su rostro sigue siendo adolescente, su físico es casi el mismo, y la inveterada costumbre de caricaturizar grotescamente a los demás como medio insustituible de sus bromas, también. Evidentemente es una coraza que se ha fabricado para esconder su drama. “Eso es historia, viejo. Me divorcié”, dice secamente cuando le preguntan por Alicia. Y rápidamente cambia de tema. Ahora recuerdo que era él quien más se ensañaba con Longo. Pero siempre tuvo una habilidad especial para tirar la piedra y esconder la mano.

El Laucha Cassini es funcionario de un banco importante y vive alimentando la esperanza de una buena jubilación. Su modo de relatar anécdotas denuncia una meticulosidad de arquitecto que ya se vislumbraba cuando construía complejos mecanismos para copiarse en las pruebas utilizando bobinas vacías de hilo de coser, escarbadientes y un trozo de alambre. Armaba todo debajo del pupitre. Enrollaba el resumen de la lección en el canuto de la bobina, como una película, la situaba debajo del inútil boquete para el tintero y giraba el mecanismo. Entonces, el texto se presentaba por el agujero de la tabla, incitante, como una mujer desnuda espiada por el ojo de una cerradura, pronto para cumplir su finalidad. Transmite paz, el Laucha. A veces, cuando nuestras conversaciones rozan los temas íntimos, trata de escabullirse con elegancia. Pero sus cachetes siguen poniéndosele colorados.

La enumeración es tediosa. Podría seguir horas describiéndolos y amándolos. Pero la secundaria terminó y se llevó con ella un pedazo grande de mi vida, el más candoroso. Lo patético del recuerdo no radica en la evidencia ineluctable del paso del tiempo, sino en la triste comprobación tardía de la pérdida de la inocencia; el trastrocamiento de aquella mirada cándida y directa en otra más calculadora y retorcida. Eran otros tiempos. Nuestro universo era un planeta aislado que giraba en torno a esa escuela. Al sonar el timbre de salida el movimiento se detenía, congelándolo en la órbita, para reanudar su infatigable rutina a la mañana siguiente.



Poco a poco los rumbos que cada uno había elegido, o que se nos presentaron y tomamos sin pensar, se fueron separando, como las ramas del viejo tronco. Algunos nos mantuvimos en contacto por cierto tiempo. Al final dejamos de vernos. Entonces, gracias a la perseverancia del Laucha, los más “representativos” tenemos nuestro encuentro anual. Este piadoso eufemismo que alimenta nuestro engaño tiene su justificación, pues de ese modo disimulamos la deserción de los otros, la mayoría, los que no se conmueven con el recuerdo o quizá, más sabios, prefieran no desempolvar el álbum de fotos de la secundaria arrumbado en el fondo de algún ropero.

Pero debo volver a quien dio origen a este relato. En realidad ni siquiera a él, sino al episodio de la facultad que, inconscientemente, relaté en la cena, como un acto reflejo que descubrió esa manía masoquista que se me ha hecho carne: recordarlo para flagelarme.

Omití mencionar que Longo era un pésimo alumno. Quizá por esos tiempos su débil organismo conspiraba contra el desarrollo de su inteligencia o el pobre no encontraba suficiente motivación para mejorarla. Su boletín evidenciaba el capricho morboso de los profesores que insistían en anotar las malas calificaciones con tinta roja. Por el contrario, las mías, sin ser excelentes, denotaban la bondad imperturbable del azul. Por entonces yo había adquirido una especial habilidad para aprehender conceptos con economía de recursos. Lamentablemente muy tarde comprendí que había sobrevalorado mi capacidad. Yo creía que en la universidad la cosa sería “pan comido”. De haber sido más cauteloso, si al menos hubiera sospechado que mis logros eran menos fruto de mis aptitudes que de las fallas de un caduco sistema de enseñanza, la caída no habría sido tan violenta.

Curiosamente no fue Juanjo el que me indujo a contar el episodio. No importa quién haya sido, el caso es que cuando empecé a narrar los hechos un silencio filoso, brutal, inmovilizó

voces y copas. Aturdido, inmerso en esa atmósfera enrarecida, podía escuchar mi voz, extraña para mí, desconcertante para ellos que esperaban ansiosos la anécdota graciosa, el episodio grotesco que los hiciera explotar en carcajadas. A medida que avanzaba en el relato sus rostros iban tornándose sombríos, sus miradas esquivas se perdían entre el laberinto de copas, botellas y ceniceros colmados, sus dedos inquietos fabricaban pliegues en el mantel.

Había sucedido una pálida tarde de abril, en un examen parcial de Análisis Matemático, en la Facultad de Ingeniería. El empeño de un puñado de atrevidos o sabelotodos, dispersos en el magnífico recinto, no alcanzaba a mitigar el brutal testimonio de la multitud de butacas vacías que justificaban con su mudez la ausencia de los temerosos. Esta circunstancia y el silencio cruzado por susurros le otorgaban al entorno una connotación aún más patética. Faltaban apenas unos minutos para el comienzo de la prueba. No sé qué me mantenía en el aula. Un nudo en el estómago, fiel termómetro de mis angustias, me anticipaba el inminente fracaso. Por los ventanales que dan al paseo Colón trataba de distraerme observando a las parejas que paseaban su despreocupación por la avenida. Otras charlaban animadamente, recostadas sobre el césped que bordea el Monumento al Trabajo. Todos los movimientos del exterior eran captados por mi atención, ávida de encontrar cualquier vía de escape, aunque fuera ilusoria.

De pronto, como una premonitoria repetición de la escena de aquel primer día de clases, descubro a Longo, en la escalinata de acceso al pasillo central del aula, acarreado con dificultad su desproporcionada cartera de cuero. Parpadeé un par de veces como desconfiando de que mi aturdimiento me hiciera ver fantasmas. Pero no eran visiones. No.

Longo se encaminó directamente hacia donde yo estaba, como si supiera de antemano que me iba a encontrar. Aún hoy me niego a aceptar como casual que eligiera sentarse a mi lado. Al acercarse, comprobé que seguía tan pequeño como antes, quizá

algo más encogido. Amagué levantarme para saludarlo, olvidado por completo de aquellas travesuras del secundario, y verdaderamente contento por el reencuentro con un antiguo compañero en ese ámbito egoísta y hostil. Me saludó con cortesía e inocultable frialdad, y sonrió con una suficiencia que no alcancé a comprender. Sin hablarme, ni hacer ningún comentario o preguntar por mi vida, como era lógico y natural pues habían pasado algunos años desde nuestro último desencuentro en el Nacional (habíamos sido compañeros de clase hasta el tercer año), se acomodó en el banco de mi derecha y comenzó a desplegar en el pupitre sus útiles de trabajo. Estaba tan sereno e imperturbable que por un momento pensé que su enfermedad (nunca supe qué rayos tenía; si realmente era una enfermedad o un estado) ya le había atacado el cerebro: ese examen era crucial y uno de los filtros que obligaba a desertar tempranamente a la mayoría de los aspirantes a ingenieros.

Cuando el ayudante de la cátedra repartió las hojas con los temas impresos y le eché un vistazo a la mía, la resignación, que se me había presentado como una amenaza, se transformó en brutal certidumbre: era el fin de mi aventura universitaria.

Por unos momentos, como si la perseverancia en la práctica de ingeniosos métodos para copiarnos en los exámenes escritos (o en los circunloquios banales a que echábamos mano cuando pasábamos al frente a dar la lección ganando tiempo mientras esperábamos que nos soplaran una pista) hubieran acostumbrado al espíritu a alimentar absurdas esperanzas, mis ojos hurgaron entre las malintencionadas preguntas tratando de encontrar alguna de fácil resolución. Después vería.

Revitalicé mi ánimo, alentándolo a no desertar, como cuando resolvía intrincados crucigramas y elegía las preguntas más asequibles. Algunos esporádicos aciertos, una que otra letra de las respuestas correctas me proporcionaban el acceso a las difíciles, por intuición o tanteo. Pero, lamentablemente, no eran palabras cruzadas. Entonces me derrumbé.

Pasé la mitad de la hora que duraba la prueba con la mente hecha un trapo de piso, garabateando pirámides y cuadrados en una esquina de la hoja, brutal, brutalmente blanca. Entonces, como si el instinto de supervivencia me hubiera iluminado, recuerdo que sonreí y pensé: ¡Qué tonto! ¿Cómo no había reparado en que ese viejo compañero, honrando el código de honor de la hermandad estudiantil, aunque no hubiéramos sido verdaderos amigos, me rescataría del naufragio?

Alivianado del peso de los absurdos temores miré hacia su lado. Advertí que escribía parado frente al pupitre, encorvado sobre su papel, cubriéndolo con el brazo (después comprendí que lo resguardaba de mí). A pesar de la muralla protectora, pude comprobar que ya había contestado casi todo el cuestionario. Me agazapé para acercarme y susurré su nombre. Quizá lo hice muy débilmente, pues no dio señales. Espié para ver si el ayudante estaba cerca, pero por fortuna charlaba con el titular de la cátedra sobre algo que los mantenía ocupados. Entonces me animé y le pedí a Longo que me soplara unas respuestas.

Fue un instante, casi una ráfaga. Sin hablar, sin que su rostro reflejara un gesto descomedido, me miró de soslayo, como dosificando su desprecio. Después, sonrió, con los labios apretados, volvió su mirada al papel y continuó escribiendo. Pasados unos minutos se levantó para entregar su prueba. Lo vi irse, empequeñeciéndose, por el pasillo, arrastrando el inveterado portafolios. Saludó al profesor y antes de cruzar la puerta miró hacia mi lado. Me pareció adivinar en su leve cabeceo una despedida. Nunca más lo volví a ver.

No hizo falta ninguna recriminación, ni sermones sobre las vueltas de la vida, ni estúpidas moralejas. No. Simplemente una sonrisa. Como si a través de ella paladeara más a gusto la venganza que, él sabía, fatalmente habría de llegar.

Cuando terminé mi relato, el silencio, que antes era un manto neblinoso acechando mis palabras, se descargó sobre la mesa con la impiedad de una penitencia. Con idéntica repercusión que una escupida en el mar, alguien intentó cambiar el clima comentando algo sobre el inminente clásico River-Boca que se jugaba al otro día. Oportuno, el Laucha pidió la cuenta.

Nos despedimos en la puerta. Los tímidos abrazos enmudecieron las inútiles y vacías promesas que nos hacíamos a la salida de cada reunión, cuando la ilusión de recuperar la inocencia perdida, de rasgar bajo la costra de los años y la rutina para redescubrir a aquellos adolescentes lejanos, renovaba la esperanza del próximo encuentro.

La noche fresca y perfumada de Barracas se poblaba de nubes que lentamente iban cubriendo la negrura del cielo. Quizá haya sido mi imaginación, pero creí ver que, sentado en el borde de una nubecita pequeña, tan reducida que no alcanzaba a cubrir sus zapatos infantiles, Longo nos observaba sonriendo, como si aquella sonrisa despectiva que me había dedicado en la Facultad esa noche la extendiera al conjunto.

Habíamos fracasado en el intento. No era solo que la boletería había cerrado obligándonos a esperar hasta el próximo noviembre. No. El parque de diversiones se había clausurado. Definitivamente. Las artimañas a que habíamos echado mano con la ingenua esperanza de revivir tiempos de antaño no habían resultado, ni podíamos deformar la realidad a nuestro antojo. Ella, cruel y obstinada, emergía, como traída por la sonrisa burlona de Longo desde el más allá.

Hubo una época en la que me sentí acorralado por el recuerdo. A través del espejo retrovisor del taxi estudiaba el rostro de cada pasajero y lenta, gradualmente, lo iba deformando hasta instalarle dientecitos de tiburón, rictus sarcásticos, peinados a la gomina. Viví perseguido por su espectro. Cuando me detenía ante

cada semáforo, Longo se me aparecía entre los niños que cruzaban de la mano de su madre por la senda peatonal y apartándose del grupo me señalaba con el índice acusador. Hubo un tiempo, también, en el que me vi como un penitente que buscaba purgar su culpa asediado por el recuerdo de una lección de vida.

Hoy creo, sinceramente, que no debo reconocerle nada. Es más, estoy convencido de la perversidad de los enanos, montón de resabios apretados en un cuerpo amarrete, resorte tensado hasta el límite a la espera del momento propicio para descargar su rencor. Tal vez lo único que deba agradecerle a Longo es que, sin proponérselo, me liberó de culpa y de futuras demandas judiciales por derrumbes de puentes o edificios, que mi falta de afición por la ingeniería seguramente habría causado, y rescató de los escombros de mi fracaso esta vocación que de otro modo hubiera quedado trunca.

No me imagino con un casco de plástico amarillo en la cabeza, calzando zapatones de goma y sacos con cuero en los codos.

Soy feliz en mi taxi, conversando con la gente, pues si uno es atento y sabe escuchar, se aprende un montón.

**Premio Especial**  
**Monegros**

**El gallo de Marcén**

**Amadeo López Cobas**

Un siglo más varias décadas hace que vivo en Marcén. Casa Sangarrén ha sido mi cobijo de siempre. O mi intemperie, hablando con propiedad. Soy un gallo. Un gallo veleta. Señalo la dirección en que sopla el viento.

Nací en Casa Belén. El nombre proviene de la matriarca que, tiempo atrás, trazó el destino a los vástagos que mi feudo de nacimiento produjo. Conocida posteriormente como la casa del herrero. Cuestión de oficio. En su fragua, el martillo me forjó, sacándole al hierro de mi esqueleto el rudimento. Batiendo en el yunque, sito en el zaguán de tal morada, moldeó mi constitución aplanada. En el portal de Belén remató el alumbramiento. Las pacientes cerdas del maestro pincel pintarrajearon ojos saltones, coronaron de intenso rojo la cresta, pardo e iridiscente el plumaje, decoraron en amarillo mis patas rugosas.

Seco que estuve, me emplazaron en el tejado. Cerca de la chimenea. Mi primer amigo, el humo. Colándose por las rendijas, entre las piedras que sostienen el espantabrujas, portaba noticias desde los fogones. El olor de su humeante lenguaje penetraba mis orificios nasales. La leña ardía en la cocina tradicional. Instalado en las alturas, me visitaban los aromas densos de los potajes. Judías blancas al toque porcino de la longaniza. Borrajas con almejas.

Receta, la última, aportada por un marinero gallego. Enrolado en un pesquero que faenaba en aguas del Gran Sol, había cambiado, este año sabático, el océano por la aridez monegrina. Profundidades, inmensidad azul, peligros. El embalse de Torroillón me tienta con su mansa superficie. La suavidad del verbo de este hombre me engatusó. Yo quiero ser marino. Haciéndome a la mar, atrapar merluzas de pincho. Lo seré cuando me libere. Prendido estoy a un eje que se me clava en salva sea la parte.



He oído que en el pueblo hay veletas más bonitas que yo. Discrepo. No hay comparación que me aventaje en belleza. Ni siquiera la del gaucho pampero que, galopando a lomos de su corcel, derriba a un ñandú trabándole las extremidades con su boleadora. Es un mito. No existe esa veleta. Tampoco me aventaja la que tengo enfrente de mi casa. Me tapa un tramo de vista. No es muy amigable. Tiene la efigie (y los hábitos noctámbulos) de una bruja. Negra como un tizón, al romper el día le digo picardías para ruborizarle los granos de la nariz. Ni por esas se le cae el sombrero. Ofendida, somnolienta, la muy desagradable gira su escoba y me da la espalda. Maleducado frente a maleducado, yo levanto mi espolón. Luego, la dejo que duerma.

Al fin, soy un gallo de buen carácter. No es fácil molestarme. Tan solo me incomoda el estío. Si no sopla una gota de brisa para abanicarse y combatir el sofocante calor canicular. La crudeza hibernal me fastidia, he de confesarlo. Se me cuelgan chupones de hielo del pico: las cosquillas son insoportables. La primavera suele martirizarme con alergias, alguna astenia. Menos mal que en el otoño me siento bien. Salvo si las precipitaciones arrecian, porque no tengo costumbre de mojarme y se adelantan mis resfriados; o si retrasa su llegada el invierno: me agobia el desconcierto.

Fuera de estas nimiedades, en mi vida no he tenido sino una molestia verdadera. Aquel gallo. ¡Qué mal talante! Vivía en el corral. Vivió en él hasta que sucumbió, una Nochebuena, bajo los sonos de la zambomba. Que estaba riquísimo fue el comentario generalizado. Antes de que fuera redimido en la purificación del puchero, al albor, ese pérfido entonaba su canto matutino, escrutaba mi perfil, recortado por la claridad del amanecer. Yo oteaba con disimulo. Él encrespaba las plumas de su pescuezo entretanto me dedicaba su más chulesco galleo. ¡Que se fastidie! Yo sigo libre; él pasó de cautivo tras las rejas a cena navideña.

Me conformo con poco. Basta para mi solaz un vistazo a las cordilleras que delimitan la periferia de Marcén, desde gran

distancia. Los macizos de la sierra de Guara. Hoy han eliminado la notoriedad de la sierra de Alcubierre, de infausto recuerdo en mis oídos de hojalata. Antaño, llegaban desde San Caprasio ecos repercutidos: disparos que saltaban parapetos y trincheras, arrancando vidas. Aunque la Guerra Civil también derramó sangre en el pueblo. En fin. Me basta del mismo modo con espiar a los transeúntes, deambulando calmos contornando las calles. La prisa es relativa en este retiro.

Cada otoño me enamoro perdidamente. No de una gallina de las del corral, como procedería. El vuelco a mi corazón metálico lo genera un arbusto. Pegado al muro trasero de Casa Sangarrén está la culpable de su frenético palpar. Es un madroño hembra. Los brillos despuntan, me llama el fuego anaranjado y rubí de sus bayas. No me amedrentan sus hojas de lanza ni la rugosa piel de su fruto. He de aguardar a que crezca para alcanzarla. Para embriagarme con su pulpa. La cortejaré entonces, picoteándole la copa de sus ramas. Pediré su mano. Uno es un caballero, no mancilla, no poliniza sin consentimiento.

¡Ay! Me pongo tierno.

Adoro las conversaciones demoradas de mis amos. El matrimonio anciano que vive conmigo, tiene la sana costumbre de estirar los resquicios de luz de septiembre. Expira el verano. Charlan en el jardín, a voz queda. Son expertos. Saben que los susurros son besos adolescentes. Hacen temblar. Si se paladean furtivos, hurtados al atardecer. Durante el crepúsculo, el ama revela a su marido la frondosidad de la madreSelva, oculta en la fresca umbría. Sus desvelos con las dalias, cuajadas de capullos abiertos. El jazmín silvestre: la pasada primavera germinó y mostró el color amarillo, al fin. Las blancas flores de la adelfa trasplantada, mustiándose en paz. La albahaca pelada. Guardadas sus hojas en lo oscuro: condimentarán guisos. La salvia y su aún persistente aroma; la poda que aguarda al rosal trepador. El amo enuncia los venideros éxitos del nogal, cargado de frutos de cáscara verde.

La siembra en el huerto, las plantas de guisantes que pondrá. Se pregunta si se volverán a helar las patatas, o si los granos de oro de la vid atraerán demasiadas avispas.

Él se yergue, recompone los huesos, lastimoso, entra en la casa. Al cabo, regresa con el picú bajo el brazo, arrastrando la alargadera. Ella le brinda una sonrisa cómplice. Guiña un ojo él. Con los primeros acordes de “La flor de la canela”, el abuelo solicita un baile. Una trasnochada reverencia indica que la dama lo concede. Me chifla María Dolores Pradera. Los jazmines en el pelo suenan entre tinieblas. No tardarán los ocasos de nubes rojizas en advertir del cambio de estación. El jardín perderá su preeminencia nocturna. El musical ambiente del tocadiscos se trasladará adentro. El letargo del frío, la justicia de la escarcha.

Las cenas bajo el emparrado se quedarán en proyectos. Volveré en el futuro a extasiarme con la paciencia del amo. Él se encarga de sazonar las chuletillas de ternasco, de ponerlas en adobo con vino blanco del Somontano. Antes de reposar sobre la parrilla, recibirán las costillas instiladas gotas de aceite de oliva virgen. Del que compra en Alquézar. De ese que le venden en botellas de agua mineral recicladas. Que está buenísimo, al parecer. Atizará el fuego para comprobar su fuerza, repartirá la brasa, espolvoreará un puñado de sal. Que no avive la grasa de la carne las llamas. Costillada lista. Entre mordisco y mordisco se hablará de entrecavar con la sotería en el huerto, para eliminar las malas hierbas. Del aclareo de las alcachofas, de los tomates encañados, de la remuda. También, de los cortes en el alfalce, los girasoles atiborrados de pipas, de las ocasiones en que la sequía no permitió granar a la espiga del cereal.

Pasan los años. Cenan agricultores más envejecidos cada vez. El transcurso del tiempo ha plateado las sienes al ama, encorvado al amo.

A mí la vejez me ha traído el avance de la herrumbre. Amenazó con apoderarse de mi cuerpo hace mucho. Una picadura

en la cresta. Hoy el óxido me llega hasta el pecho. ¿Qué le voy a hacer? No puedo pedir que me rescaten, que me lijen y pinten nuevamente. Está mayor el señor. No quiero equilibrios, no vaya a caerse del tejado, en el intento de adecentarme. Toca sufrir.

Me ha entrado nostalgia. Recuerdo otro gallo vecino, sito sobre la techumbre de la casa del herrero. Ya no está. Se lo llevaron unos excursionistas de paso, los sorprendí durante el robo. Lo cogieron del suelo. Reposaba allí desde que se cayó el tejado. Nada hay que objetar: veinte años aguantó en soledad el armazón de madera. Con el agua filtrándose porque nadie refrenaba las goteras. Muertos los dueños, el patrimonio se queda huérfano, aunque siga teniendo amo, en forma de desinteresado heredero.

He echado mucho de menos la compañía de aquel gallo hermano. Eso que se quedó mudo de tristeza al desplomarse el techo de su casa.

Me pregunto, ¿qué futuro me aguarda?

Observando al cielo, me huele mal. Esta noche se anuncia tormenta eléctrica. Las odio. Me producen pavor. A mí, que no a otros. Seguro que la familia de jabalíes abandonará su escondrijo diurno, entre aliagas, carrascas y bojés, para rondar el huerto. Aunque restallen relámpagos o caigan centellas. Me tocará, como siempre, hacer ruido. Girar sobre mi eje para arrancarle destellos a la luna. Deslumbrarlos y asustarlos. Si se nubla, será imposible. Hozarán. Los muy ladrones devorarán tubérculos y sembrados. Estaré solo frente al ataque. Ya no se asoma el patrón a la ventana para darles caza. Desde muchas fechas atrás se ha dado por vencido. No enarbola su escopeta, no sitúa su linterna bajo el cañón, no la enciende mientras apunta, un segundo basta, resuena un disparo certero. Cae el intruso.

Está raro el amo, se ha vuelto mayor. Lo demostró hace tres tardes. En inspección veraniega, declinando, un turista aparcó su coche en el umbral de la tapia. Un imponente todoterreno. Indispensable útil para desplazarse por las avenidas de la ciudad,

sorteando el tráfico. Preguntó si se vendía alguna casa en el pueblo. El amo dijo que no con la cabeza, pero le vi cómo de reojo observaba la triste desolación de Casa Belén. Refunfuñando, el urbanita se largó. A fomentar la fama de huraños de los pueblerinos.

No es verdad. Aquí, a uno le vuelve hosco el carácter la despoblación, el no tener con quien charlar. Nos volvemos precavidos (si cuadra en exceso) por culpa del clima, que es extremo.

Mis chirridos, dando vueltas al son de ráfagas de aire, a quienes asustan mejor es a las cabras. Esas tontas. No soy el único. Se atemorizan también con los nietos, cada vez que nos visitan. Adoro la algarabía que conforman. Casa Sangarrén rejuvenece, cobra vida. Por mucho que jueguen a tirarme piedras, los muy granujas. El primogénito, hace dos primaveras, me alcanzó. Su pedrada marcó una mínima muesca en las plumas de mi cola. Es perdonable, son niños. Lo que me resulta insufrible es el llanto desconsolado del abuelo. Regresan el hijo, la nuera y su prole a la lejana capital. Los padres al abandono. Quisiera saber volar, bajar y arrullarlo mientras solloza aquello de “un día vendrán y yo ya me habré ido”...

El tubo de la chimenea traiciona a la abuela: sola, lagrimea en la cocina. Tiene un reino, tiene un rey. Gime. En este trance no tienen ningún valor.

Empiezan las andanzas de la bruja. Se prepara para surcar el firmamento cabalgando sobre su escoba de filamentos deshilachados. No me intimida. Sobre la chimenea de Casa Sangarrén hay un fornido espantabrujas que impide su acercamiento. Es el más lucido de todo Marcén. Se irá a dar un garbeo. Hace buenas migas con otra veleta. Esta, calca el modelo de un gato bufando. ¡Me horripila! Tiene el lomo arqueado, los pelos erizados. A lo lejos, oigo su maullido exasperado, reclamando a su amiga. Es casi tan malo como el tío Eladio. Dado su temperamento ruin, en el pueblo todos le dicen Elodio.

Desde mi atalaya en la calle Alta, domino el mundo. Hacia el valle sobresalen los tallos tiernos de los arrozales, respirando fuera del agua. En un lado del monte está el Mobache, que goza de mejor vista aún que yo; en el otro contemplo peña Gratal, el espinazo del Fraginet, peña Guara. Y aunque no lo divisó, sé que el Pirineo está detrás.

Me han contado que a principios del verano, cuando se aparta la nieve, cuando escapa al refugio de las altas cumbres, se desmerecen los lirios. Desde esas cumbres pirenaicas, en sus cuarteles de verano, la tropa de la nieve recibe las órdenes. Allí se urden los planes. A fines del otoño, invadirán de blanco gélido las laderas, acecharán las puertas de pueblos similares a Marcén, aquejados del mismo mal: vejez.

Soy el último en ver cómo se oscurece el pueblo, cómo el sol se esconde discretamente en medio del tajo formado por los mallos de Riglos y Agüero. El vetusto tronco de olmo yace en su sitio. Fue abatido por un rayo. ¡Como para no tenerles miedo a las tormentas! Su cuerpo ha dado lugar a un banco de madera. Al lado de la fachada del ayuntamiento, se beneficia de la mole de la iglesia, que ampara a los marceneros del aire gélido que sopla desde el norte. Sentados, toman el sol en él los ancianos al mediodía; se decían requiebros los enamorados, bajo el influjo del crepúsculo; al fresco, secretean las abuelas los chismes del pueblo, con el hechizo telúrico. La vida pasa ante mis patas de gallo.

Raya el alba. Doblan las dos campanas de San Pedro. Su tañido amargo es una ofrenda a Ramón de Chalamera, el contador de cuentos. Ha sido el último en caer. Para las fiestas, a la lumbre de la hoguera relataba leyendas de la región. Mentaba al bandido Cucaracha, estraperlo, la reaparición del moro, bosques de sabinas, cocones... Uno menos. No se presentará más el chalamerense dando voces, por el recodo de la fuente que hay en la plaza. No alzaré la cestilla repleta de carpas que ha capturado en

el río Flumen. Trofeo exhibido mientras galopa sobre la montura de su ruidosa motocicleta, caña de pescar en ristre, su casco ceñido con el barboquejo: un don Quijote moderno. Su risa desdentada no teñirá más de marfil el concepto de amistad. No habrá quien me use de ejemplo. Las narraciones fantásticas no abrirán la boca de admiración a los niños. Nadie los dejará atónitos ante la idea de imaginarme cacareando, recorriendo el tejado de Casa Sangarrén. Él juraba haberme visto. Y batir las alas, y guiñarle un ojo. Es cierto que lo hice. En su honor.

Esta tarde le dan sepultura. El salón social ha perdido al más activo de sus tertulianos. La brisa trae el ronco sonido de las gaitas de Robres. Vibra mi cresta, como en primavera, cuando allá andan de dances. Me causan pudor los entierros. El día que yo estire la pata, no pienso decírselo a ningún conocido. No quiero que me vean indefenso, con mis vergüenzas a la vista. Pereceré en silencio. Quieran las estrellas que no se vayan los amos antes que yo. No soportaría ese dolor.

Al atravesar la cancela en retirada, aquel turista del todoterrreno dirigió su dedo hacia mí. “¿La veleta tampoco la vende?”, preguntó. Mi dueño no se inmutó.